

premios gustos, celos lloras,
en la Arcadia, firme amante
llora mis penas también.

HORTEN. Menalca llama á Conrado.
LUCREC. A mi Anfriso ha desterrado
la envidia, no mi desdén.
¡Llanto será vuestra risa,
prados, mi pastor ausente!
Si tu amistad mi mal siente
consuélame tú, Leonisa.

ANGELA. También á mí me ha cabido
mi título pastoril.
LUCREC. Huye del engaño vil
de aquese Olimpo atrevido
que con cautelas aguarda
vengarse, mas no podrá,
que firme celebrará
la Arcadia á su Belisardo. (Vase.)

ANGELA. Miren aquí qué provecho
causan libros semejantes;
después de muerto Cervantes
la tercera parte ha hecho
de *Don Quijote*. ¡Oh, civiles
pasatiempos de estos días!
¡Libros de caballerías
y quimeras pastoriles,
causan estas pesadumbres,
y, asentando escuela el vicio,
ó destruyen el juicio
ó corrompen las costumbres!

ALEJAN. (Ap.) Tirso es, sin duda, el Anfriso
que alegoriza Lucrecia.
Si huyendo la menosprecia,
y dar muerte á Carlos quiso,
contra disfraces villanos
indicios son de sabello,
la curiosidad del cuello
y blandura de las manos.

ROGERIO. ¿Hay desdicha más extraña?
HORTEN. ¿Que un libro causa haya sido
de que el seso haya perdido?

CARLOS. Bastaba ser él de España.
HORTEN. Vamos á poner remedio,
(si le hay) para tanto daño.

CARLOS. ¡Ay! ¡quién con algún engaño
hallara, Conrado, medio
para poder persuadilla
que era yo su Anfriso amado!

CONRAD. En notable tema ha dado.
ROGERIO. Si no viene á reducilla
el tiempo y cura, tan loco
tengo de vivir como ella.

CARLOS. En adoralla y querella
yo lo estoy, ó falta poco.

CONRAD. ¿No buscamos el pastor
que contra vos se ha atrevido?

CARLOS. Por el mayor mal olvido
mi agravio, pues es menor.
Esta Arcadia he de leer
para saber qué pastores
dan motivo á sus amores.

ROGERIO. Olimpo venís á ser.
CONRAD. Menalca á mí me llamó.
HORTEN. Clorinarlo á mí.
ALEJAN. A mí Anarda.
ANGELA. Leonisa soy, Belisarda
ella y Erimanto el Pó.

Miren, cuan desvanecidas
la tienen estas quimeras.

CARLOS. Basta, que el Pó y sus riberas
son ya la Arcadia fingida. (Vanse.)

ESCENA IX

Salen DON FELIPE de galdán y PINZÓN, criado suyo.

PINZÓN.

Con seis meses de ausencia
á las lenguas del vulgo das licencia.
Quién dice que, cansado
de Milán, y el blasón de ser soldado,
á España te volviste
descortés, pues que no te despediste,
del Duque valeroso
ni de tu General, que generoso
capitán de caballos
te hizo, y no supiste gobernallos.
Quien dice que te han muerto
por algún licenciado desconcierto,
que á bisonos de España,
en Italia las más veces engaña
pensar que son señores
ya en casos de intereses, ya de amores.
Mira tú lo que haría
Pinzón que te aguardaba de día en día,
oyendo tantas cosas,
y las más, en tu agravio, poco honrosas.

FELIPE.

Ya Pinzón te he contado
de mis amores el confuso estado.

PINZÓN.

Medrado caballero:
de capitán, amante jardinero,
no esperaba otro fruto
si de Lucrecia fué marido bruto,
que se interpreta bestia,
sino tal galardón por tal molestia.
Ya que en tales quimeras
flores plantabas ¿no nos escribieras?

FELIPE.

Importaba el secreto,
que es la Condesa dama de respeto.

PINZÓN.

Pero no de alabanza,
pues pagó tus servicios con mudanza.

FELIPE.

No tratemos en eso
si de celos no quieres pierda el seso.
Ya que á Milán he vuelto
de la prisión tirana de amor suelto,
al gran duque de Feria
los pies quiero besar.

PINZÓN.

fundarás la disculpa
de la prolija ausencia que te culpa?

FELIPE.

Diré que hice promesa
de ir á Roma.

PINZÓN.
Muy tibia escusa es esa,
pues no se lo dijiste,
ni de tu general te despediste.

FELIPE.

No faltarán colores
que me disculpara.

PINZÓN.

Búscalos mejores,
y seas bien venido
si hijo pródigo, á casa reducido.

ESCENA X

Sale DON PEDRO, de camino. Dichos.

PEDRO. ¿Si hallaré al Duque en Milán?
que no es digno este suceso
de ignorarse.

FELIPE. ¿Qué es eso?

PEDRO. ¿Qué fué?
¡Oh, señor Capitán!
huelgo de hallaros aquí.

FELIPE. D. Pedro, ¿qué ha sucedido?

PEDRO. Una desgracia, que ha sido
la más nueva para mí,
de cuantas hasta hoy he visto.
De Valencia del Pó vengo,
que en fe del cargo que tengo
siempre en su presidio asisto.

FELIPE. Ya conocéis su Condesa.

PEDRO. Fénix es de la hermosura.
Escuchad, pues, su locura,
si de su desgracia os pesa.

FELIPE. ¿Loca la Condesa está?
PEDRO. El trato y la inclinación
con que honra á nuestra nación
este mal pago la da.

Dió en aprender de manera
nuestra lengua castellana
que por dama toledana
su idioma enseñar pudiera.
Aficionóse después
á los libros con que España
en cualquier nación: extraña
blasón de las musas es.

Préciense de su elocuencia
Petarcas, Bocaccios, Dantes,
y otros héroes semejantes,
ya en Italia, ya en Florencia,
que en ella los más discretos
nos vendrán á confesar,
que Italia toda es hablar
y España toda es conceptos.
Dejóse llevar, de modo,
de esta inclinación, que al fin
retirándose á un jardín
ocupaba el tiempo todo
en los libros que escribió
el Apolo de Madrid.

FELIPE. ¡Ese es Lope!
PEDRO. Y, advertid
que entre todos escogió.
La Arcadia, en cuyos pastores
prados, fuentes, transformada
de día y noche elevada

celebraba sus amores,
recreándose en su historia
aunque fabulosa, bella,
tanto, que no hay verso en ella
que no sepa de memoria.
Paró aquesta ocupación
en salir hoy de improviso
diciendo que adora á Anfriso
y que aquellas selvas son,
riberas del Erimanto
de la Arcadia sus montañas,
sus quintas, pobres cabañas,
sus edificios encanto;
las damas que están con ella
Amarilis y Leonisas,
Isbelias, Celias, Florisas;
los caballeros que á vella
van, han de ser Galafrones,
Celsos, Menalcas, Gasenos,
Olimpos, Danteos, Mirenos,
Frondosos y Coridones.
Afirma que es Belisarda,
y que á su Anfriso destierra
la envidia que le hace guerra,
de quien, con su ausencia aguarda
dar á sus penas consuelo;
trueca galas cortesanias
por las sayas aldeanas
cofia, brial y sayuelo;
escribe en troncos diversos
por las márgenes del Pó
lo que en la Arcadia leyó;
canta llorando sus versos;
y si quieren apartalla
de este tema, no hay sufrilla,
de modo que, han de seguilla
los que intentan sosegalla.
Hasta aqueste extremo llega
si es fuerte una aprensión,
y de esta eficacia son
versos de Lope de Vega.
Sus amantes y parientes
de este caso lastimados
juntan los más afamados
médicos (si en accidentes
de tan extraña locura
basta medicina humana,
porque el loco tarde sana
y el amor no tiene cura).
Lucrecia está, al fin, sin seso.
Sentid las nuevas que os doy
y á Dios, que á contalle voy
al Duque, aqueste suceso. (Vase.)

ESCENA XI

Dichos, menos DON PEDRO.

FELIPE. Yo soy la causa, Pinzón
de que Lucrecia esté loca;
mi ausencia es quien la provoca.
Bastante satisfacción
tengo, de que mis recelos
fueron sin causa fundados.
¡Maldiga Dios los cuidados
que dan aparentes celos!
Yo la adoro, yo he de ser

la salud de su locura
hechizo de su hermosura.
A Valencia he de volver;
sigueme, y no me aconsejes.

PINZÓN. ¿Agora sales con eso?
Más perdido está tu seso
que el suyo; amantes y herejes
sois de una especie, si dais
en defender un error.

FELIPE. Todo este mal es amor.

PINZÓN. Locos, pues, todos estáis.
Si á Carlos has ofendido
y otra vez allá te ven
¿piensas que has de librar bien?

FELIPE. Jardinero fui fingido.
¿Médicos buscan agora?
con su disfraz me aseguro.

PINZÓN. La vida por tí aventuro.
Presencia tengo dotora;
vamos, y verás que Grecia
me transforma en Esculapio.

FELIPE. ¡Ay mi local!

PINZÓN. Berros y apio
han de sanar á Lucrecia. (*Vanse.*)

ESCENA XII

*Salen ALEJANDRA, HORTENSIO, ANGELA, CARLOS,
CONRADO y ROGERIO.*

ALEJANDRA.

¡Lastimosa desgracia!

CARLOS.

Si le dura.

á Lucrecia este mal, yo que la adoro,
imitación seré de su locura.

ANGELA.

Sus años verdes malogrados lloro.

CONRADO.

¡Que á tanta discreción, tanta hermosura,
un loco frenesí pierda el decoro!

HORTENSIO.

Ya ha castigado justamente el fuego
los libros, confusión de su sosiego.
Quiétase si, siguiendo el desatino
de sus locuras, digo que es serrana,
que su Anfriso la adora, y si convino
hacer ausencia, volverá mañana.
Mas, si quiero metella por camino,
de nuevo se enfurece.

ROGERIO.

¡Qué tirana
pasión de su engañada fantasía!

CONRADO.

¡Ay prenda malograda!

CARLOS.

¡Ay loca mía!

HORTENSIO.

Si la llamo Condesa, me desmiente
diciendo que no es más que una pastora;
si la encierro, llamándome inclemente

voces furiosas da, suspira y llora;
padre me nombra, y dice que aunque intente
privarla en la prisión de quien adora,
no han de bastar violencia, ni artificio
á que, á Anfriso olvidando, ame á Salicio.
Porque se quiete, en fin, libre la dejo;
Belisarda la llamo, y que soy digo
su padre Clorinaro.

CARLOS.

Ese consejo,
por eficaz, para su gusto, sigo.

ALEJANDRA.

Fué de su amor, Felipe, claro espejo;
quebrósele el ausencia; yo me obligo
á sanarla si vuelve el jardinero.

HORTENSIO.

Médicos, Carlos, de Bolonia espero.

CONRADO.

¿Qué medicina puede haber bastante
que del entendimiento cure engaños,
en siglo que el más sabio es ignorante,
y aquél, se estima más, que hace más daños?

CARLOS.

¿Loca Lucrecia, cielo, y yo su amante?
¿Tan triste empleo de tan verdes años?

HORTENSIO.

Ella sale; escuchadla: nadie niegue
que es pastora si intenta que sosiegue.

ESCENA XIII

Sale Lucrecia de pastora bizarra. Dichos.

LUCREC. Asperos montes de Arcadia
que estáis mirando soberbios
en mi llanto y vuestras aguas
mi desdicha y vuestro extremo.
Fresnos en cuyas cortezas,
papel de mis pensamientos;
escribió el alma verdades
contra inclemencias del tiempo.
Robles, si firmes, villanos,
imitación de los pechos,
constantés en perseguirme,
villanos en sus deseos.
Murtas verdes y floridas,
que hubierades dado ejemplo
á mis esperanzas locas
á no secarlas recelos.

Jazmines, que á mis venturas
imitáis en los contentos,
pues se quedaron en blanco
y en flor se desvanecieron.
Mosquetas, que tantas veces
trébol y rosa os tejieron
guirnalda para un ingrato,
flores antes, ya veneno.

¡Qué de noches gozó el alma
castos entretenimientos
que encubrió el temor al día,
revelador de secretos!

¡Qué de veces el aurora
vió, dando quejas al sueño,

porque usurpaban tiranos
su jurisdicción, desvelos!
¡Qué de fingidas promesas!
¡Qué de vanos juramentos!
¡Si temprano me engañaron
tarde, ó nunca, se cumplieron!
¡Aquí, soledades mías,
lei papeles, que tiernos
por ser letras se borraron,
por ser papel se rompieron!
¡Palabras en papel dadas
libran sus obras al viento,
que, en la desdicha, los gustos
se quedan siempre en deseos!
¡Montes, fresnos, robles, murtas,
jazmines, moquetas, trébol,
noche, aurora, día, tarde,
papeles, obras, deseos!...
¡todos me habéis, por adoraros,

[muerto!

¡Tarde os conozco; cuando el daño
[es cierto!

HORTEN. No es bien, hija Belisarda,
martirizar tu sosiego
con memorias lastimosas
que han de aliviarse tan presto.
A la Arcadia vuelve Anfriso,
y desde el monte Liseo
te escribe amorosas cartas,
que, como tu padre, he abierto.
Tú eres, Belisarda mía,
de estas canas espejo,
¿si le eclipsas con pesares
qué harán mis años postreros?
Vuelve á alegrar los pastores,
que en tu discreción tuvieron
conversaciones honestas
y licitos pasatiempos;
háblalos.

LUCREC. ¡Oh Galafrón,
Menalaca, Olimpo, Enareto,
Anarda, Leonisa mía!
¡Nunca el triste da contentos!
triste estoy, no puedo darlos;
perdonad mis sentimientos
y asentaos, pues mis desdichas
me atormentan tan de asiento.

(*Asiéntanse todos.*)

CONRAD. ¿Hay lástima semejante?

CARLOS. Tal estoy, que tengo celos
de este Anfriso, aunque fingido.

ROGERIO. Yo lloro sus desconciertos.

ESCENA XIV

Sale un Criado.

CRIADO. Un médico, que de España
pasa á Roma, y en sabiendo
la enfermedad de Lucrecia,
prometió darla remedio,
desea verla.

HORTEN. Dile que entre

(*Vase el Criado.*)

que con españoles tengo
en las letras tanta fe
como en las armas sabemos.

ESCENA XV

*Sale Pinzón de médico de risa, y don FELIPE
á pasante. — Dichos.*

PINZÓN. Beso á vuestras viseras
las manos.

FELIPE. (*Ap. á Pinzón.*) Pinzón, yo temo,
si cual sueles bufonizas,
que has de echarme á perder.

PINZÓN. Quedo.

HORTEN. Dios guarde al señor doctor.

PINZÓN. Si guardará, que en efecto
cada cual su hacienda guarda.

Huégame mucho de verlos

sentados, entre las flores,

aunque si fuera en invierno

disenteria amenazaban

las humedades del suelo,

porque *in meribus erratis*

desde Septiembre á Febrero,

y aún á Marzo, según otros,

in lapidibus no es bueno

el asentarse, aforismo

de Dioscórides expreso,

conforme escribe Laguna,

confirmándolo Galeno,

y la experiencia lo dice;

porque yo curé un divieso

que le nació á cierta moza

por sentarse en unos berros.

FELIPE. (*Ap.*) ¿Estás borracho, Pinzón?

PINZÓN. Las flores siempre tuvieron

sobre la melancolía

jurisdicción; dice aquesto

Hipócrates.

CARLOS. Buen humor

tiene el médico.

PINZÓN. Si al texto

de Avicena damos fe

(que fué el Esculapio nuestro)

dice: *Capite, de partibus*

medicorum, que el que es bueno

para hacer mejor su oficio

ha de ser jovial, discreto,

curioso en talle y vestido

para que alegre al enfermo,

y encajar de cuando en cuando

dos aforismos y cuento:

por esto libran agora

en guantes y terciopelos,

los médicos de este siglo,

las ciencias que nunca oyeron.

Yo, que soy algo burlón,

y las circunstancias tengo

de gorgorán, mula y guantes

que al doctor hacen perfecto,

sabiendo hoy en la posada

la alteración de cerebro

que padece la Condesa,

aunque á ser médico vengo

de su Santidad, no quise

pasar de aquí, si primero

dando á la enferma salud,

no celebraba mi ingenio.

Díganme vusíñorias

quien es la paciente.

FELIPE. (*Aparte á Pinzón.*) Necio.

- ¿Quieres mirar lo que dices?
 PINZÓN. En el Nuncio de Toledo
 y Hospital de Zaragoza
 dirán la fama que tengo,
 y los locos que á mi cura
 deben la salud y el seso.
- LUCREC. Si para males de ausencia
 habéis hallado remedio,
 yo, doctor, la enferma soy.
- PINZÓN. Venga el pulso.
(Tómasele y dícele al oído.)
 Mensajero
 soy de Anfriso, que me envía,
 hermosa pastora, á veros,
 que está por vos rematado
 y anda el seso en bamboleos,
 y porque teme la envidia
 de sus contrarios soberbios,
 en figura de doctor,
 ya que no de albeitar, vengo
 á visitaros.
- LUCREC. ¿Qué dices?
 PINZÓN. Disimulación, silencio.
(Alto.) Cuerpo de Dios, con la cura
 algo trémulo está el pulso,
 desigual, intercadente
 y pesado; mas yo espero
 darla sana antes de un mes.
- CARLOS. Yo os daré de oro su peso
 si esa promesa cumplis.
- PINZÓN. Ojalá fuera un jumento
 para que pesara más,
 y yo quedara contento.
 Llegue acá, señor pasante;
 tiene este pulso.
- LUCREC. ¡Ay cielos!
(Tómala el pulso don Felipe.)
 ¡Qué miro!
- FELIPE. *(Ap.)* Felipe soy;
 que corrido, mi bien, vuelvo,
 porque tu mal ocasiono.
- PINZÓN. ¿Qué le parece?
 FELIPE. Que temo
 circunstancias peligrosas.
(Señala á los que están allí.)
 Que contra su salud siento
 poderosos accidentes.
- PINZÓN. Siempre es ignorante el miedo;
 bien parece, licenciado,
 que estáis en los rudimentos.
- LUCREC. ¡Ay mi bien! *(Aparte.)*
 FELIPE. *(Aparte.)* ¡Ay, loca mía!
 PINZÓN. Este frenesí molesto
 procede del *atrabilis*,
 quiero decir, de humor negro,
 mezclado con la *pituita*,
 y causado, á lo que entiendo,
 de leer libros profanos.
- HORTEN. Acertó.
 PINZÓN. Y como que acierto,
 para principio de cura
 se le haga un cocimiento
 de nabos y escaramujos,
 mirabolanos y puerros;
 dos onzas de polipodio,
 cuatro manojos de espliego,
 un ojo de un gato *zurdo*,

- y media azumbre de suero;
 cuézanse las cuatro partes,
 y aplíquense un clístel luego
 por preservar *almorroides*,
 coma perdigones nuevos,
 pavillas de á nueve meses
 y beberá vino añejo
 que *laxificat cor hominis*,
 cene pichones y huevos.
 Y porque me ha informado
 que estos males procedieron
 de leer libros pastoriles,
 y á los que no tienen seso
 contradecirles sus temas
 es de nuevo enfurecellos,
 texto *Non est irritandum*,
 y otros que de industria dejo
 finjarse todos pastores
 las metáforas siguiendo
 de los libros que ha leído;
 hagan bailes, canten versos,
 y si los hay en sus libros,
 inventen encantamientos
 que, siguiéndola el humor
 y divertida con esto
 la medicina entretanto
 podrá lograr sus efectos.
- HORTEN. Este hombre es ángel sin duda
 que nos ha enviado el cielo
 para bien de mi sobrina.
- CARLOS. Su parecer sabio apruebo.
- PINZÓN. En pasiones de esta especie
 según aforismos nuestros,
 curándose poco á poco
sequere humorem debemos.
- FELIPE. *(Aparte.)* Mi bien, para que podamos
 hablarnos más en secreto,
 ¿qué te parece esta industria?
- LUCREC. Que la trazan mis deseos;
 así aseguras peligros
 de pretendientes molestos
 entre tanto que ocasiona
 nuestro desposorio el cielo.
- PINZÓN. ¿Qué renta come Lucrecia?
 HORTEN. Treinta mil escudos.
- PINZÓN. Bueno,
 á su costa se ha de hacer
 este pastoril enredo.
 ¿No les parece?
- CONRAD. Es la traza
 digna de su entendimiento:
 fénix de la medicina.
- PINZÓN. Los que sus amantes fueron
 finjan nombres de pastores,
 sírvanla y hagan extremos;
 que el que la agradare más,
 después de vuelta en su cuerdo,
 hallará en su voluntad
 mejor lugar.
- ROGERIO. Eso es cierto.
- CARLOS. Olimpo soy.
- CONRAD. Yo Menalca.
- ROGERIO. No es mal nombre el de Enareto.
- ANGELA. ¿Dónde aprendiste, doctor,
 modo de curar tan nuevo?
 ¿Sois portugués, ó andaluz?
- PINZÓN. Yo soy de nación gallego;

- mi natural Rivadavia,
 el doctor Parra mi abuelo,
 ¡gran médico de infusiones!
 Mi padre el doctor Sarmiento;
 yo, que de razón debiera
 llamarme conforme aquesta
 también el doctor Racimo,
 porque no lo consintieron
 las aguas de aquel otoño
 que las viñas corrompieron,
 vine á llamarme en Castilla...
 ¿Cómo?
- ANGELA. El doctor Alaejos.
 PINZÓN. Todos son nombres vinosos.
 ANGELA. Graduáronme por ellos,
 PINZÓN. Graduáronme por ellos,
 que dan borlas amarillas.
 Pero, las gracias dejemos,
 y mis recetas se pongan
 en orden.
- LUCREC. Padre, yo tengo
 de ver las cartas que Anfriso
 me escribe, gusto y deseo.
- HORTEN. Vamos, pues, mi Belisarda.
- CARLOS. Alto, galanes, y á ello
 y vuélvase nuestros montes
 los de Arcadia.
- ALEJAND. *(Aparte.)* ¡Qué embebecos!
 ¿Son éstos sospechas mías?
 PINZÓN. ¿Qué te parece mi ingenio?
 FELIPE. Loco, pero provechoso.
- ALEJAND. No se ha de partir tan presto
 á Roma el señor doctor.
- PINZÓN. ¡Jesús! Sanará primero
 la condesa y dejará
 fama al doctor Alaejos.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen PINZÓN de médico y DON FELIPE de pastor
 bizarro.

- PINZÓN. Famosa va la maraña
 de nuestra Arcadia fingida.
- FELIPE. Por inaudita y extraña
 no sé si ha de ser creída,
 cuando volvamos á España.
 Lucrecia, loca hasta aquí
 y ya cuerda, hace por mí
 los gastos que ves y extremos.
- PINZÓN. A costa suya podremos
 entretenernos así.
 Que, pues cuenta al duque has dado
 y al famoso Pimentel
 de este amor enmarañado,
 yo fio que salgas de él
 victorioso y desposado.
- FELIPE. Espérola del favor
 que me hace su Excelencia.
- PINZÓN. ¿Y qué dices del doctor
 Alaejos? Poca ciencia
 y mucho hablar.
- FELIPE. De tu humor
 todo próspero suceso
 pienso, Pinzón, conseguir;
- no obstante que te confieso
 que, según me haces reír,
 cuando por curar el seso
 que Lucrecia haya adquirido
 tanto aforismo acumulas
 recelo ser conocido.
- PINZÓN. Guantes, latines y mulas
 autorizar han podido
 toda doctora ignorancia,
 y al médico más ruin
 dan opinión y ganancia,
 aforismos que en latín
 se llaman pueblos en Francia.
 Por lo menos, hasta agora,
 el más bachiller me precia
 por un Galeno.
- FELIPE. Mejora
 fingidamente Lucrecia,
 y quien la ocasión ignora
 se la atribuye al doctor.
- PINZÓN. En Salamanca estudié
 dos años, pero mi humor,
 que siempre travieso fué,
 tuvo á Marte por mejor,
 siendo en Italia soldado
 que á Esculapio, dios con flema.
 En efecto, yo he mandado
 que sigan todos el tema
 en que nuestra loca ha dado
 mientras sana poco á poco;
 y con este fundamento
 á sus amantes provoco;
 que, en fin, si un loco hace ciento,
 ¿cuántos hará un doctor loco?
- FELIPE. No ha quedado pretendiente,
 amante competidor
 que por tu industria no intente
 ya vaquero, ya pastor,
 disfrazarse.
- PINZÓN. Es excelente
 mi ingenio.
- FELIPE. La primavera
 á fiestas ocasionada,
 la juventud novelera,
 esta quinta celebrada,
 estas selvas y ribera,
 todo se junta al deseo
 de ver mi Condesa sana.
- PINZÓN. Y yo que soy el Teseo
 de aquesta Creta aldeana,
 por uno y otro rodeo
 conde te pienso sacar.
 Finge ser Anfriso agora
 que acabaste de llegar
 celoso de tu pastora,
 y déjame enmarañar
 de suerte, aquestas quimeras;
 mientras de todos te burlas,
 Anfriso, de estas riberas
 que lo que tienen por burlas
 lloren los demás de veras.
 Y paso, que están ya aquí
 los fingidos ganaderos.
- FELIPE. Bravas telas y tabí.
- PINZÓN. Gastan como caballeros
 fuera de que no leí
 en la Arcadia, de zagal

que no trajese el zurrón de perlas, de oro y cristal el cayado, y no es razón que aquí se vista sayal quien imita sus amores.

FELIPE. Impropiamente pintó su traje, Lope.

PINZÓN. No ignores que en la Arcadia disfrazó metafóricos pastores Lope, y que si apacentaban los ganados que regían, vistiendo telas mostraban así, el valor que encubrían más que el que representaban.

ESCENA II

Salen por una puerta bizarramente vestidos de pastores, CONRADO, CARLOS, ROGERIO y HORTENSIO; por otra con ANGELA, LUCRECIA y ALEJANDRA, de pastoras, con cantarillas coronadas de albaca y claveles; todos salen cantando.

ELLAS. Trébole ¡ay Jesús! como huele el Ar-
Trébole ¡ay Jesús! qué olor. [cacia.
ELLOS. Trébole ¡ay Jesús! dónde está Beli-
Trébole ¡ay Jesús! qué amor. [sarda.
ELLAS. El Arcadia todo es flores.
ELLOS. Belisarda es toda amores.
ELLAS. Aquí cantan ruiseñores.
ELLOS. Aquí penan los pastores.
ELLAS. Aquí corre el Erimanto.
ELLOS. Aquí amores, risa y llanto.
ELLAS. Aquí hay gloria.

ELLAS. Aquí hay dolor.
ELLAS. Trébole ¡ay Jesús! como huele el Ar-
Trébole ¡ay Jesús! qué olor. [cacia.
ELLOS. Trébole ¡ay Jesús! dónde está Beli-
Trébole ¡ay Jesús! qué amor. [sarda.
FELIPE. Si venís, bella pastora, después de ausencia tan larga con el agua que os encarga la que por vos mi alma llora, viértala el contento agora que os merece ver presente; que á fe, si advertís la fuente de donde amorosa brota, que os abra cada gota pues aunque agua es agua ardiente. Coronad la cantarilla de claveles y albahaca, que si el aurora la saca, yendo el sol á recebilla, vos, milagro y maravilla de la fuente, el prado y flor, caniculares de amor causáis á quien celos tiene, pues sol que con agua viene abraza con más rigor.

LUCREC. Ya que en nuestro valle os veo, gallardo Anfriso, á la risa que el prado y la fuente avisa imitará mi deseo, mientras al monte Liseo nuevas flores viéndoos distes, y del Menalco estuvistes

ausente, no os cause espanto que crezcan el Erimanto nuestros ojos sin vos tristes. Pagó la esperanza en flores el agua que las cultiva; que imita á la siempre viva en los constantes amores; ya que os ven nuestros pastores y vuestra vista destierra el llanto de nuestra Sierra, trofeos á esta agua den, si en la paz parecen bien los despojos de la guerra.

CARLOS. Muy de veras y á lo amante (Ap.) Conrado, habla este pastor.

CONRAD. Traza es toda del doctor y este Anfriso es su pasante. ¿Que sospecha hay que te espante si así entretiene desvelos de Lucrecia?

CARLOS. Mis recelos me dicen, aunque te burlas que los celos ni aun de burlas, Conrado, que al fin son celos.

CONRAD. Déjate de esto y llevemos adelante esta maraña. Ya que os ve nuestra montaña (Alto.) Anfriso, volver podremos á los festivos extremos que, sin vos, se han suspendido.

CARLOS. Seáis pastor bien venido.

ROGERIO. Albricias al monte ha dado porque os ve nuestro ganado en vuestra ausencia perdido.

ANGELA. Si los pastores os dan parabienes, las pastoras, que os esperaban por horas, gallardo Anfriso ¿qué harán?
HORTEN. Las canas también están alegres, en ver que os goza nuestra Arcadia y se alborozó la más larga senectud; porque entre la juventud el más viejo se remoza.

FELIPE. ¡Oh mayoral Clorinaro, Leonisa, Anarda, Enareto, Menalca, amigo, discreto, Olimpo, rico y gallardo: si siempre que vengo aguardo gratulaciones solenes como éstas, por tales bienes justo es sufra ausencias tales; porque interesen mis males tan festivos parabienes.

PINZÓN. Bueno está de cumplimientos; mientras la siesta se pasa del calor que el campo abraza reprimid atrevimientos.

FELIPE. Esta sombra nos da asientos:

(Siéntanse)

divirtámonos un rato, contra el sol, de amor retrato, pues si uno quema otro es fuego.

LUCREC. ¿De qué suerte?

PINZÓN. Armad un juego de que me saquéis barato.

HORTEN. El mejor será que agora

le dé una prenda en favor de juego, sino de amor, á cada uno una pastora, y él en fe de que la adora la celebre de repente en verso.

CARLOS. Traza excelente.

ALEJAND. ¡Vaya!

ANGELA. No quede por mí, que en la Arcadia se hizo así aunque á intento diferente.

LUCREC. Este mondadientes doy á Anfriso.

ALEJAND. Yo quiero dar á Menalca este cuchar de enebro.

CONRAD. Premiado estoy.

ANGELA. Yo en fe de que presa soy le doy en estos zarcillos á Enareto, estos dos grillos.

LUCREC. Yo á Olimpo esta cinta negra.

CARLOS. Puesto que triste, me alegra.

ANGELA. ¿Sabéis versos?

PINZÓN. Sé escandillos.

ANGELA. Esta calabaza de oro os doy, pues, señor doctor.

PINZÓN. Si no hay vino no hay amor, sois fisgona y no lo ignoro.

ALAEJOS, COCA y TORO, me den versos de improviso.

CARLOS. Tan poco Apolo me quiso que no sé si he de saber coplas de provecho hacer.

FELIPE. ¿Quién comienza?

LUCREC. Vos, Anfriso.

FELIPE. (Al mondadientes.)

Prenda me han dado que á perder provoca el seso. ¡Venturoso quien la alcanza! pues si enloquece una desconfianza tal vez vuelve el contento un alma loca.

Favor que entre claveles labios toca de Belisarda no tema mudanza pues para que sustente mi esperanza diré que se lo quita de la boca.

Haga flecha de vos el amor ciego; báculo sed en que mi dicha estribe; cetro en mis celos, id á reducillos.

Leña de amor con que aticéis su fuego y apoyo en su edificio; que amor vive, como es rapaz, en casas de palillos.

CONRAD. (Al cuchar.) Vivid ya satisfechos, recelos, de un rigor que al niño, dios de amor, le quitan hoy los pechos: en fe de los provechos que Anarda le ha de dar le quiere alimentar; que es rica, y no parece, pues la cuchar ofrece, que negará el manjar.

ROGERIO. (A los grillos.) ¿Cómo os dirán sus pasiones Leonisa hermosa, mis quejas, [nes, si adornan vuestras orejas grillos que al fin son prisiones? Desdenes y sinrazones halla mi amor por despojos,

mas, cuando por darle enojos aprisionéis los sentidos huyendo de los oídos, él se entrará por los ojos.

CARLOS. (A la cinta negra.) Sobre negro no hay antes muestra la que pinta [color; negro, mi primer favor, que no ha de haber, negra cinta, otro amor sobre mi amor.

Sin temor vive ya mi confianza, pues hoy los recelos pierde de mudanza, y dejando el color verde, funda en negro su esperanza.

PINZÓN. (A la calabaza.) No te honran mucho Leonisa, á mi parecer, [estas trazas, pues mitra debió traer quien me ha dado calabazas.

Aunque castellanos viejos, dirán que es buena señal, pues nunca se llevan mal calabazas y Alaejos; favoreciendo me enfadas, porque en dar-me, prenda mía, la calabaza vacía, me das de calabazadas. Múdala, ó en paz y en salvo mi amor se desembaraza, que favor de calabaza sólo se ha de dar á un calvo.

(Levántanse.)

ESCENA III

Tocan trompetas, chirimías y toda la música; cédese abajo todo el lienzo del teatro y quede un jardín lleno de flores y yedra. A la mano derecha esté un purgatorio y en él penando algunas almas, y á la izquierda un infierno y en él colgado uno y otro en una tramoya, y una sierpe y un león á sus lados; arriba, en medio de esto, en otra parte, una gloria y en ella Apolo sentado en un trono con una corona de laurel en la mano.

LUCREC. ¿Qué es esto?

PINZÓN. El pastor Criselio, que aunque pastor nigromante, consoló en su cueva á Anfriso cuando lloraba pesares, en figura de romero, según cuenta en sus anales la Arcadia, tercero libro, folio ciento y cuatro, os hace ostentación de su ciencia. Todo hombre debe acordarse cuando en los montes de Italia perdimos á don Beltrane, digo, al peregrino Anfriso, que llegando á consolarle, le enseñó el pastor Criselio; héroes de Apolo y de Marte, como son: Rómulo y Remo, César, Licurgo, Alejandro, Aquiles, Vamba, Anibal; las cuatro matronas graves, Semíramis, Artemisa,

Zenobia y la que dió al áspid el pecho, el alma al infierno, y á Marco Antonio su sangre; imágenes y epitafios al Rey de Aragón don Jaime, al Cid, á Bernardo el Carpio y al gran Gonzalo Fernández. Este, pues, á instancia mía hoy os quiere hacer alarde de sus mágicos secretos, porque apariencias no falten.

LUCREC. ¡Gran sabio!

CARLOS. ¡Espantosa vista!

HORTEN. Es Criselio hombre notable.

ALEJAND. Y ¿qué significa aquesto, si es que puede interpretarse?

PINZÓN. Este es Parnaso de Apolo, y todos los circunstantes son poetas.

FELIPE. Y ¿quién son los que están á estas dos partes?

PINZÓN. El Parnaso se compone de tres senos ó lugares: gloria, infierno y purgatorio.

ANGELA. ¡Qué llamas tan espantables!

PINZÓN. Los de la mano derecha, porque mejor se declare, en letras góticas dicen: *Parnaso crítico*.

LUCREC. Trance es de temer. Mas ¿por qué penan?

PINZÓN. Pecados veniales son las palabras ociosas, que con fuego han de purgarse; vocablos impertinentes, que fuera de sus lugares están, como carne huida; son los que en nuestro lenguaje proponen los adjetivos, latinizan el romance y echan el verbo á la postre, como oración de pedante. Dicen que está en el infierno su primer dogmatizante, que introducir nuevas sectas no es digno de perdonarse. Penan en el purgatorio sus discípulos secuaces, por no pecar de malicia, que los más son ignorantes.

ROGERIO. Y ¿quién son?

PINZÓN. Este es *Candor*, aquél se llama *Brillante*, *Emulo* aquél y *Coturno* el otro; aquél el *Celaje*, *Cristal animado* el otro; *Hipérbolo*, *Pululante*, *Palestra*, *Giro*, *Zerúleo*, *Crepúsculos* y *Fragantes* murieron con contricción, y quisieron enmendarse, mas no tuvieron lugar. Rueguen á Dios que los saque de penas de Purgatorio, que á fe que hay entre ello fraile que habla prosa vascongada

y versos trilingües hace.

FELIPE. Y ¿quién son los del infierno?

PINZÓN. Leed esas letras grandes.

FELIPE. *Parnaso cómico* dicen.

LUCREC. Y éstos ¿no pueden salvarse?

PINZÓN. No han de ir al cielo de Apolo.

LUCREC. ¿Por qué culpa?

PINZÓN. Detestables. ¿No es hacer moneda falsa *crimen leseae majestatis*?

LUCREC. Claro está.

PINZÓN. Pues éstos venden á todo representante comedias falsas; con liga de infinitos badulaques han adulterado á Apolo con tramoyas, maderajes y bofetones, que es dios y osan abofetearle, y están corridas las musas que las hacen ganapanes, cargadas de tantas vigas, peñas, fuentes, torres, naves, que las tienen deslomadas, y así las mandan que pasen penas y cargas eternas á sus culpas semejantes, y las atormenten sierpes arpias, gritos, salvajes, que son los que en sus comedias introducen ignorantes, dando al ingenio de palos.

LUCREC. Quien tal hace, que tal pague.

CONRAD. ¿Quién es aquel que se quema?

PINZÓN. Un poeta vergonzante que pide trazas de noche de limosna.

CONRAD. ¿No las hace?

PINZÓN. No es hombre de traza el pobre, que hay poetas oficiales que cosen lo que les corta el maestro.

ANGELA. No le alaben de ingenio á ese.

ALEJAND. ¿Y aquél?

PINZÓN. Es un poeta de encaje, que en una comedia mete, como si fuera ensamblaje, cuatro pasos de las viejas redondillas y romances con todas sus zarandajas.

LUCREC. Vena estéril.

FELIPE. No le llamen al tal sino remendón, y cuando escriba le manden sentar sobre una banquetta, pues echar tacones sabe.

PINZÓN. Llevan sus muchachos éstos que pregonan por las calles, en vez de «¿hay zapato viejo?» ¿hay comedia vieja?

CARLOS. Pasen por poetas de obra gruesa, y llévenles los costales papelistas de la legua en ese oficio tratantes.

ALEJAND. ¿Quién es aquél que en la silla

tan autorizado y grave tiene en la mano el laurel, borla del Petrarca y Dante?

PINZÓN. Esa es la gloria de Apolo, y aquél el dios que las llaves tiene del entendimiento, y premiar al docto sabe; la corona es para quien, escribiendo dulce y fácil, sin hacerle carpintero, hundirle ni entramoyarle, entretiene al auditorio dos horas, sin que le gaste más de un billete, dos cintas, un vaso de agua ó un guante, ese se coronará.

ALEJAND. ¿Y los demás?

PINZÓN. Que se abrasen; pues dándonos pan de palo, los ingenios matan de hambre. Los que quisieran saber los misterios importantes que el sabio Criselio enseña á los pastores amantes, á su cueva los convida.

LUCREC. Entremos todos á hablarle.

CARLOS. Satírico es el doctor.

ANGELA. Y sus burlas agradables.

ESCENA IV

Encúbrese todo con música;
quedan solos PINZÓN y ALEJANDRA.

ALEJAND. Esperad, señor doctor, en enredos graduado, que ya yo sé que os han dado borla de embelecador. ¿Vos pensáis que yo no sé vuestras socarronerías? Médico en bellaquerías que ayer mochillero fué y hoy á Galeno interpreta, yo diré quién sois á todos; de vuestra traición los modos veremos si halláis receta de palos preservativa.

PINZÓN. ¡Oxte, putó! Esto va malo: (Ap.) contra enfermedad de palo no hay Hipócrates que escriba. ¿Así se pierde el respeto de mi autoridad, señora, á mi presencia doctora?

ALEJAND. Burlador, ya sé el secreto que á vos y á vuestro señor en nuestra quinta disfrazo, y que con aquea traza Lucrecia encubre el amor que tiene al fingido Anfriso. Desde Valencia á Milán vino, donde es capitán; de todo me ha dado aviso un español del presidio que en nuestra ciudad está. ¡Mal vuestro amo logrará metamorfosis de Ovidio! Ya hortelano, ya pasante,

ya pastor de esta ribera, que su amorosa quimera no ha de pasar adelante; ni consienten mis desvelos, médico embelecador, que pues no paga mi amor aumente con él mis celos. Yo diré que es D. Felipe, que ni está loca Lucrecia, ni con maraña tan necia es bien que se me anticipe; caballeros hay aquí señores y potentados que vengarán mis cuidados, á pesar del frenesí que la Condesa ha fingido; pagándolos la cura á vos á palos.

PINZÓN. ¡Cuerpo de Dios con quien doctor me ha metido! ¿No ves que echas á perder toda la Arcadia con eso? También tú has perdido el seso; que te cure has menester.

ALEJAND. Picaro disimulado: ¿Vos á Anfriso me quitáis?

PINZÓN. ¿Dijelo yo?

ALEJAND. ¿Vos curáis, médico desatinado, la Condesa á costa mía, para que yo el seso pierda loca Alejandra, ella cuerda? ¿Hay tan gran bellaquería? Carlos, Hortensio. ¡Oh, qué bueno iba el enredo, Jesús! (Da voces.)

PINZÓN. ¡Paso, lleve Belcebú á Avicena y á Galeno, con cuantos médicos viejos inventó la medicina, purgas, jarabes y orina y al licenciado Alaejos que es la mayor maldición! Si la voluntad supiera que á mi amo tienes, yo hiciera que pagara tu afición, pues no está por la Condesa D. Felipe, tan picado, que no haya considerado lo que contigo interesa.

ESCENA V

Sale LUCRECIA.—DICHOS.

LUCREC. Voces oigo en el jardín: Alejandra y el doctor las dan.

ALEJAND. ¿Que me tiene amor?

LUCREC. Saber intento á qué fin ha sido la riña y voces, desde esta murta escondida.

PINZÓN. Quiérete como á su vida; mal á mi señor conoces. El me lo ha dicho mil veces. Verdad es que enamorado de Lucrecia, y disfrazado con la fuerza que encareces

- por Lucrecia ha estado loco, y en esta Arcadia maldita el pastor Anfriso imita. Mas viéndote, poco á poco, su amor primero se enfria, y ya en el tuyo se abrasa.
- LUCREC. ¡Ay, cielos! ¿A questo pasa? ¿Qué escucháis, desdicha mía?
- PINZÓN. Como hay tantos imposibles que á mi dueño han de estorbar cuando se intente casar, su ejecución...
- LUCREC. ¡Qué terribles desengaños!
- PINZÓN. Tanto Conde, tanto Duque italiano contra un pobre valenciano, á sus deseos responde que en Alejandra se muden.
- ALEJAND. ¿Pues cómo nunca me ha dado señales de su cuidado?
- PINZÓN. ¿Qué amantes hay que no duden declararse? Si él supiera las finezas de tu amor.
- ALEJAND. Ya las sabe.
- LUCREC. ¡Oh, vil doctor! ¿Nos curáis de esa manera? Yo haré que os salga la cura costosa, por vuestro mal.
- PINZÓN. Espera á su general; y para esta coyuntura guarda el decirte su amor; porque, discreto desea que tal caballero sea testigo de su valor.
- ALEJAND. Si él aborrece á Lucrecia y eso, doctor, es verdad; ya sabéis mi calidad.
- PINZÓN. Es la Condesa una necia. ¿Tenéisle por hombre, vos, que se habla de casar con una loca?
- ALEJAND. El amar todo es locura.
- PINZÓN. ¡Por Dios, que os adora!
- ALEJAND. ¿Pues de qué sirve el fingir que es Anfriso?
- PINZÓN. Pretende con este aviso, entretanto que aquí esté, veros para declararse cuando su General venga, y que la Condesa tenga sosiego para curarse; que si ya á decir verdad ¿á qué mármol no lastima ver sin seso á vuestra prima?
- LUCREC. ¡Buena capa de piedad!
- ALEJAND. Pues bien; ¿cómo daréis vos traza de que me asegure él mismo, y que me lo jure?
- PINZÓN. Yo haré que os habléis los dos esta tarde, y me dé albricias de las nuevas que le llevo; fuera que un enredo nuevo era de asegurar malicias de esta gente.

- ALEJAND. ¿De qué modo?
- PINZÓN. ¿En la Arcadia no fingió Anfriso que á Anarda amó?
- ALEJAND. Ya he leído el libro todo; y celos de Belisarda, le hicieron disimular que á Anarda empezaba á amar.
- PINZÓN. ¿Pues vos no sois aquí Anarda?
- ALEJAND. Sí.
- PINZÓN. Diréle yo á Lucrecia que porque mejor se imite la Arcadia, si lo permite, muestre que á Anfriso desprecia, y que á Olimpo favorece; porque Carlos ha tenido noticia de que el fingido pastor que la desvanece, es un español que viene con esta industria á usurpalle su dama, y que aseguralle porque no lo crea, conviene. Harále favorecella, y Anfriso, de esta mudanza quejoso, para venganza de su agravio y ofendella, dirá que es ya vuestro amante, y que se quiere casar con vos.
- ALEJAND. ¿Y en qué ha de parar?
- PINZÓN. Diréle que es importante á todos, para que el seso cobre Lucrecia, que vea que el Anfriso que desea tiene esposa.
- ALEJAND. Bueno es eso.
- PINZÓN. Porque viéndole casado, y que imposible ha de ser llamarse ya su mujer, ya que en este tema ha dado, cobre así perfecta cura, pues según dice Galeno, veneno, contra veneno, contra locura, locura. Todos acreditarán mi parecer y opinión, y aprobando mi razón vuestras bodas fingirán, y creyendo que es Lucrecia de burlas el casamiento, deshecho el encantamiento se quedará para necia.
- LUCREC. ¡Bien el médico me trata!
- ALEJAND. Concluido vos así y satisfacéos de mí, que os pagaré.
- PINZÓN. ¿En oro ó plata?
- ALEJAND. En uno y otro. Más... quedo; que sale Lucrecia.
- PINZÓN. ¿Quién?
- ALEJAND. La Condesa.
- PINZÓN. ¡Por Dios, bien si ha escuchado nuestro enredo!
- ALEJAND. No sé, mas por sí ó por no decid que estoy indispueta.
- PINZÓN. El pulso, esotro; aunque es esta (Tómale el pulso á las dos manos.) calentura, bien sé yo

- de lo que os ha procedido.
- LUCREC. ¿Qué hacéis los dos aquí?
- PINZÓN. Está mala Alejandra, y será de que esta tarde ha comido almendrucos indigestos; tiene el pulso destemplado como barro; ha merendado fiambre, y son manifiestos principios de apoplejía. Vide *Averrois juxta textum, crudum super indigestum, febrem pestilentem* cría. Pero váyase á acostar, y para preservación háganla una fricación de piernas, y luego echar mil y quinientas ventosas.
- ALEJAND. ¿Cuántas?
- PINZÓN. Apela, si cuentas hoy con las mil y quinientas, que todas son provechosas. Mas no la echen sino seis, la una de ellas faxada, que esto á Laguna le agrada, *De encurbitis*.
- LUCREC. No echéis á perder tanto aforismo que sois prodigio, doctor. Ve á acostarte tú.
- ALEJAND. Mejor me siento.
- LUCREC. (Aparte.) En extraño abismo me anegáis recelos vanos.
- ALEJAND. Pero iréme, con todo eso, á reposar. (Vase Alejandra.)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS ALEJANDRA.

- LUCREC. ¡Pierdo el seso! ¡Ay hombres, todos livianos! Decid, doctor. ¿Por ventura es de vuestra facultad, después que á la enfermedad pulsos toca y pone en cura ser en amores tercero?
- PINZÓN. ¡Por Dios, que nos atisból! (Ap.)
- LUCREC. Que Galeno, no sé yo que fuera casamentero.
- PINZÓN. Señora, por todo pasa el que dar salud procura.
- LUCREC. El médico sólo cura y el cura sólo es quien casa. Mas si la jurisdicción ajena usurpastes ya, por vos el vulgo dirá desde hoy, y tendrá razón: «Cura que en la vecindad cura con desenvoltura,

¹ Es el principio de una letrilla de Góngora, con la variante de

Cura que en la vecindad vive con desenvoltura, etc.

- ¿para qué le llaman cura si es la misma enfermedad?»
- PINZÓN. ¿Pues que tenemos para eso? ¿Qué varetas me tiráis?
- LUCREC. Basta: que á Anfriso casáis y á mí me curáis el seso.
- PINZÓN. ¡Qué bien que estáis en el caso! Si á Alejandra no engañara de este modo, declarara nuestro enredo.
- LUCREC. ¡Paso, paso!
- PINZÓN. Paso, ó envido, ella sabe el nombre de mi señor, su patria, hacienda y valor, si es villano, si hombre grave; si es de veras vuestro mal ó de amor traza sutil.
- LUCREC. ¿Vos, un médico civil, contra mí tan criminal? ¡Villano!
- PINZÓN. Esto va muy malo: ¿mas que soy tan venturoso, que sin sentirme buboso me manda tomar el palo?

ESCENA VII

Sale DON FELIPE.—DICHOS.

- FELIPE. ¿Qué disparates son estos de Alejandra y de Pinzón? ¿Qué bodas ó enredos son, decid, estorbos molestos, los que acaba de decirme? Mas aquí Lucrecia está; mi pastora...
- LUCREC. Cesó ya la Arcadia, ya no fingirme ni loca, ni Belisarda. Alejandra es vuestra esposa, discreta, rica y hermosa para casarse os aguarda. Pinzón fué el casamentero; gocéis el dichoso estado que, de tal mano, tal dado, tal boda de tal tercero; que yo, pues la Arcadia cesa, que tan en mi daño fué, con Carlos me casaré, no pastora, mas Condesa. (Vase.)

ESCENA VIII

DON FELIPE Y PINZÓN.

- FELIPE. ¿Mi bien? ¿Condesa? ¿señora? ¿A Lucrecia, á Belisarda?— Traidor, ¿qué desdicha es esta? ¿Qué le dijiste á Alejandra? ¿Qué embelecós has fingido? ¿Qué bodas son las que trazas para matarme con ellas? ¿Por qué me ofende y se agravia?
- PINZÓN. Eso sí, echarme la culpa cuando es justo darme gracias, porque á Alejandra impedí el echar por la ventana el bodegón.

FELIPE. ¿Estás loco?
 PINZÓN. Borracho al menos estaba cuando me metí en dibujos que agora tan mal me pagas. Si Alejandra te conoce; si sabe tu nombre y patria; lo que adoras á Lucrecia; los engaños de esta Arcadia; si para decir quién eres voces, como loca, daba, llamando los caballeros que aquí mi ingenio disfrazaba, ¿cómo te parece á ti que había de asegurarla y escusar todo un diluvio de palos á mis espaldas, si no es urdiendo quimeras y diciendo que te abrasas por ella? Si se escondió para acecharnos tu dama ¿es adivino un doctor?
 FELIPE. Tú dijiste que yo amaba á Alejandra.
 PINZÓN. ¿Qué querías?
 FELIPE. ¿Y lo escuchó Belisarda?
 PINZÓN. El amor todo es orejas.
 FELIPE. Pues si con Carlos se casa, ¿qué he de hacer, traidor, yo agora?
 PINZÓN. Mondar nisperos.
 FELIPE. Tú causas mi muerte, tú me destruyes.
 PINZÓN. Siendo doctor ¿tú pensabas que había yo de ser menos que los que curando matan?
 FELIPE. ¡Traidor! ¿Yo no te decía que tus bufoniles gracias á perder me habían de echar?
 PINZÓN. Alto. ¿Yo he de ser la vaca de la boda?
 FELIPE. ¡Vive Dios villano! Pues que me matas que has de morir tú primero.
(Saca un cuchillo de monte.)
 PINZÓN. Miren aquí en lo que para un ingerto de doctor y mochilero. ¡Oh, mal haya quien por tí, ha revuelto libros, jarabes, purgas y calas!
 FELIPE. Una pierna he de cortarte: escoge.
 PINZÓN. Es cojo quien anda con solamente una pierna, pero córtalas entrambas que no estoy para escoger.
 FELIPE. ¡Traidor! ¡Lucrecia casada qué he de hacer por tí!
 PINZÓN. ¿Ya es barro á falta de ella Alejandra?
 FELIPE. ¡Oh bufón, borracho, loco!
(Tírale de las orejas.)
 PINZÓN. ¡Aquí de Dios! ¡Que me sacan de las sienas las orejas!
 ¿Hasta cuándo has de tirarlas?

ESCENA IX

Salen CARLOS, ROGERIO y CONRADO.—DICHOS.

CARLOS. ¿Quién alborota la quinta?
 CONRAD. Voces dan desentonadas. Pero ¿no es éste el doctor?
 PINZÓN. Vuelve á ponerme la capa y disimula, que yo desenojaré á tu dama. ¡Maldiga Dios quien te sirva!
(Compónese)
 ROGERIO. ¿Qué es esto?
 PINZÓN. Riñas de casa; es este, nuestro pasante, una mula con albarda. Sácame de mis casillas. ¡Jesús, Jesús!
 CARLOS. ¿Pues qué pasa?
 PINZÓN. Examinábase agora de la suerte que curaba un romadizo y responde que de la vena del Arca le saquen seis escudillas; miren que médico sangra con romadizo; un jumento sois, un buey. Decid ¿no manda Galeno *in flebotomia minutiones sine causa, maxime en los romadizos medicis prudentes caveant?* Los romadizos se curan *vigilia jejuno*, y sanan con humo de quina quina y con unguento de ranas. ¿Dónde hallaste vos ser bueno contra la pasión de rabia el emplastro de orejones? Aun en la modorra ¡vaya! Bueno es tirar las orejas pero no con fuerza tanta que del casco se las saquen.
 FELIPE. *(Aparte.)* Este loco disparata. ¿Y ha de dar con todo en tierra? Á buscar mi Belisarda voy, que si disculpas oye yo vendré á desenojarla. *(Vase.)*

ESCENA X

DICHOS, menos DON FELIPE.

PINZÓN. Corrido va de vergüenza el pasantón.
 ROGERIO. Poca causa os dió de descomponeros.
 PINZÓN. Si la paciencia me acaban las necedades que dice, ¿señores, qué qujeren que haga? Háme roto las orejas con una y otra alcaldada. Mas él me lo pagará ó no seré yo; esto basta. *(Vase.)*

ESCENA XI

Salen LUCRECIA, HORTENSIO, ANGELA y ALEJANDRA.—DICHOS.

LUCREC. Esto, padre, se ha de hacer. Yo estoy ya desengañada

de que Anfriso no me quiere por casarse con Anarda. Mi esposo ha de ser Olimpo, pues si voy contra el *Arcadia* que afirman que se casó con Salicio Belisarda, mi amor, que puede, dispensa, y para cobrar venganza de mis agravios, importa.
 HORTEN. Digo, hija, que se haga tu gusto.
 CARLOS. Aunque sea fingido, dente, amor, mis esperanzas las gracias de aquesta boda, pues es señal de que me ama mi Condesa. Dala seso que es lo que agora la falta, y representa de veras lo que de hoy burlas ensayas.
 LUCREC. Pues, padre, cúmplase luego.
 CONRAD. ¿Qué es esto?
 HORTEN. Locas mudanzas de Lucrecia, que seguimos, como veis, por sosegarla. Dice que ha de desposarse hoy, con Olimpo; llevadla el humor, fingid sus bodas y dadle el parabién.
 ROGERIO. Vaya; aunque á Carlos tengo envidia.
 HORTEN. Todo es de burlas.
 ROGERIO. Las llamas aunque de burlas las toquen, de veras quemar y abrasan.
 ALEJAND. Muchos años hoy gocéis discreta y bella serrana, para gloria de estos montes.
 LUCREC. Y vos, venturosa Anarda, logréis el amor de Anfriso.
 CARLOS. Hágase un torneo de agua esta tarde, que ya tengo en nuestro Erimanto barcas.
 ANGELA. Así en la Arcadia se hizo en las bodas malogradas que nuestra pastora imita.
 LUCREC. Soy de esotra semejanza.
 HORTEN. Dense las manos los dos.

ESCENA XII

Baja DON FELIPE en una nube y quédase abajo, y al mismo tiempo arrebatada otra á CARLOS y vuela arriba.

FELIPE. ¡Oh traidora Belisarda!
 PINZÓN. Esto mismo dijo Anfriso cuando la cinta le daba á Olimpo, loco de celos: mas hoy por mi industria baja, porque no falten tramoyas á desenlazar marañas y satisfacer sospechas con que nos confunde Anarda. Por arte de encantamiento

vuelvo; Olimpo, no caigas, que saldrá mal la apariencia. Donosa burla.

ANGELA. Extremada.
 CONRAD. Extremada.
 FELIPE. Cesen ya, celosa mía, invenciones escusadas. Lucrecia sois y mi esposa; yo, don Felipe de España. ¡Ya es tiempo de hablar verdades!
 LUCREC. ¿Pues no adoras á Alejandra?
 FELIPE. ¿Cómo puedo, si mi amor te dió las llaves del alma?
 LUCREC. Tu esposa soy; ya estoy cuerda.
 CONRAD. ¿Cómo es esto?
 PINZÓN. Esto se llama entre médicos, papilla y morlaco, á quien la mama.
 ROGERIO. ¿Luego cásanse de veras?
 PINZÓN. Y tan de veras se casan como la *Arcadia* es de burlas.
 ROGERIO. Si lo consienten mis ansias.
 CONRAD. No, mientras que yo viviere.

ESCENA XIII

Sale CARLOS.

CARLOS. Pastores, en nuestra casa tenemos el mejor huésped que honró en nuestro siglo á Italia: don Jerónimo, famoso, Pimentel, sol en las armas y blasón de Benavente. Me da aviso en esta carta que hoy llegará á ser padrino, no de Anfriso y Belisarda, de Lucrecia y don Felipe Centellas, su camarada y amigo. Mis celos cesan y á todos os desengañan que la Condesa ha fingido su locura, y nuestra Arcadia por este español, dichoso.
 ALEJAND. ¿Hay tal burla?
 CARLOS. Aunque pesada, yo saldré contento de ella si Alejandra mi amor paga.
 ALEJAND. Mi dicha, Conde, confieso.
 CONRAD. Doña Angela, si en vos halla remedio este daño, dadme la mano.
 ANGELA. Y con ella el alma.
 PINZÓN. ¿Y qué han de darle al doctor Alaejos, cuyas trampas le han pagado en orejones?
 LUCREC. Yo satisfaré tus gracias.
 FELIPE. Salgamos á recibir á don Jerónimo, y hagan fiestas á mis desposorios, los que mi ventura alaban, entretanto que agradece *Tirso* á la *Vega* de España, la materia que en su libro dió á nuestra *fingida Arcadia*.